

el nuevo ciclo escolar y la pobreza

Al estacionar el carro enfrente de la escuela primaria, una nube de moscas cubrió el parabrisas del vehículo impidiendo la visibilidad de las diez horas del veinticinco de agosto, día del inicio del curso escolar. Abrí la portezuela del auto y las moscas seguían adheridas a los vidrios, pero otras se colaron inmediatamente al carro como

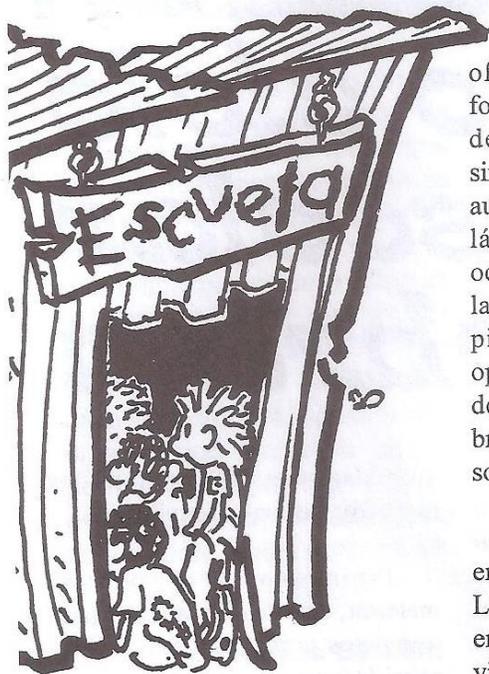
guareciéndose del fuerte sol de la mañana. Aquí, en este lugar, se ajusta literalmente el refrán popular que dice: *“en boca cerrada no entran moscas”*. Y es que caminar por el reducido patio de esta escuela primaria para niños indígenas en el Valle de San Quintín, es caminar en medio de un enjambre de estos insectos agresivos que no se

intimidan ante los desesperados manoteos de cualquier visitante.

Pero no sólo el mosquerío causa malestar, en este campamento para jornaleros agrícolas. Las letrinas semiderrumbadas que están a escasos veinte metros de la escuela; el humo de polvo que se levanta al menor soplo de viento; el humo que



EDGAR
OCT-97



producen los leños para la cocina; el excremento que rodea continuamente a la escuela porque la gente no usa las letrinas por las condiciones deplorables en que se hayan, entre otras cosas, le dan un ambiente deprimente, lúgubre y de desolación a este punto de la patria.

La escuela se encuentra al lado sur del campamento (lugar en donde se concentran los jornaleros agrícolas y viven por varios años o de manera temporal), al final de las tres hileras de cuartuchos en donde viven hacinadas 484 personas entre niños y adultos.

Treinta y seis niños de primaria y ocho de preescolar se encuentran en el patio escolar para inaugurar

oficialmente este ciclo. Están formados enfrente del único salón de clases que ocupan simultáneamente dos maestros. El aula escolar, de paredes y techo de lámina, mide aproximadamente ocho metros de ancho por diez de largo; tiene piso de cemento; dos pizarrones penden en paredes opuestas sostenidos con alambres y dos ventanas de tamaño regular brindan un poco de aire al ambiente sofocante que se respira en el salón.

Casi no había padres de familia en la ceremonia de inauguración. La mayoría de ellos se encontraban en los campos dejando su sudor y vida por cuarenta pesos diarios.

Los alumnos, vestidos y calzados humildemente con ropa de segunda o tercera -algunos inclusive descalzos- soportaron el fuerte sol de la mañana en el transcurso del homenaje a la bandera. Todos juramos bandera, entonamos el himno nacional y aplaudimos la presentación de los dos maestros que trabajarán en esta escuela durante el presente ejercicio escolar. Me tocó inaugurar formalmente el ciclo escolar. ¿Qué podía decirles a los alumnos? Conceptos tales como la modernización educativa, la excelencia educativa, una educación de calidad, una educación humanística, y otras expresiones que cotidianamente escuchamos en el discurso oficial se hacen añicos ante la brutal realidad de los niños indígenas en los campamentos. Se me formó un nudo en la garganta al momento de dirigirme a los niños y un sentimiento de coraje, de rabia, de impotencia, de tristeza, de

vergüenza e indignación me invadió al tener frente a mí a este grupo de niños, prueba palpable de la desigualdad y marginación social en que vive la mayoría de los mexicanos como resultado de la deshumana política económica que hemos padecido en el país. El futuro de este grupo de niños es incierto por la extrema pobreza en que viven. Como indígena que soy me vi retratado en ellos y por eso mismo tengo la convicción que solamente una educación acorde a sus necesidades podrá sacarlos de la situación en que se encuentran.

Con este panorama a los docentes indígenas se nos presenta un verdadero reto, no sólo en materia educativa sino en los renglones de salud, nutrición, asesoría jurídica, formación de valores, y principalmente, el de recobrar el compromiso social que los maestros del nivel de educación indígena debemos de tener para con los nuestros.

Al describir mis observaciones a una extrabajadora agrícola, me hizo la aclaración que estaba hablando de uno de los tres campamentos con mejores condiciones de vida.

¿Cómo estarán los más de 20 restantes en materia de higiene y salubridad? ✓

✍ Egresado de Maestría en la UPN